

Santo en CASA

DE LA

Casa

AL

Cielo

¿Cómo podemos ser santos en nuestras casas?

Introducción

En este pequeño libro escribimos sobre algunos temas que nos parecen esenciales para ir luchando día a día por la santidad; temas que nos ayudarán a ser cada día mejores hijos de Dios, mejores hijos de nuestros papás, mejores hermanos, amigos, personas, novios, novias, esposos o esposas. Trataremos que a medida que vayas leyendo el libro lleves lo que lees a la oración personal con Papá Dios y lo converses con Él y vean juntos cómo puedes aplicar estas cosas en tu vida cotidiana de todos los días, empezando desde tu propia casa.

¡Un abrazo de parte de todos los que escribimos este libro con mucho cariño!

Dedicatoria

Nuevamente le queremos dedicar este proyecto a Carmela, nuestra gran amiga que desde el cielo nos está dando la ayuda que necesitamos para seguir siendo tan felices, a Dios por amarnos y siempre acompañarnos, y a San José, por cuidarnos durante todo este año y ayudarnos a luchar por ser hombres santos.

Índice

Introducción

Dedicatoria

Índice

¡Felices en Casa!

¡Vamos a buscar la felicidad!

Una receta simple para estar contentos

Contra la corriente

El derecho de ser feliz

Felices en casa

La virtud más aburrida

Un abismo llama a otro abismo

The most boring virtue

¿Virtud o manía? Una línea muy delgada

Cada cosa en su lugar

Cuestión de principios (humanos)

Cuestión de principios (sobrenaturales)

¿Santo y desordenado?

Orden para encontrar más fácilmente...a Dios

¿Virtud aburrida?

Consejo final

El gran valor de lo pequeño

El edificio de ladrillos

El valor de las cosas pequeñas

Jesús da en el clavo

Lo pequeño nos hace grandes

El amor divino también está en lo pequeño

Ha dado todo lo que tenía
Buen pintor
Lo tenemos en frente de nosotros

El Sagrario en casa

No tengo ganas de ir al Sagrario
No puedo ir al Sagrario
Me estoy volviendo loco por ir al Sagrario
No puedo ir al Sagrario
¿Qué hago?
Ya acepté, ¿ahora qué?
Encontrar intimidad
Comunícate con Él
Empieza por lo pequeño

Notas bibliográficas

¿Qué es Santo en Casa?

¡Felices en Casa!

Escrito por: P. Marcos Pantin.

¡Vamos a buscar la felicidad!

Sí, salgamos a buscarla, ¿pero con picos y palas como los mineros salían a buscar oro en California? Quizás has oído hablar de la Fiebre del oro del siglo XIX en Norte América. Muchísimas personas migraron hacia el Oeste buscando una riqueza rápida y libre de impuestos.

Pero... ¿salir a buscar la felicidad? Detengámonos un instante a considerar esta propuesta.

¿Es que la felicidad es algo que se pueda buscar? ¿Cuál ha sido nuestra experiencia cuando nos hemos empeñado en ser felices? En otras palabras ¿es sensato proponerse conscientemente la búsqueda de la felicidad como objetivo de nuestra vida?

Estas palabras pueden orientarnos en nuestra búsqueda:

“la felicidad es y no puede ser más que un “efecto”, y jamás una intención. Y cuando como intención se busca, en la misma medida se pierde: como el insomne se desvela más si “quiere” dormir (CARDONA, C. Olvido y memoria del ser, EUNSA, Pamplona, 1997, p. 327).

Entrevemos que la felicidad no es un objetivo sino un resultado. Es el resultado de un tipo de vida. Por lo general, están contentos los que se deciden a vivir para los demás. Es algo como una elección de vida: dedicarse a hacer felices a todos, y por esta misma razón, están contentos, aunque a veces pueden estar cansados. Me viene a la mente la sonrisa de una madre al ver a sus hijos disfrutar de un pastel que cocinó para ellos; la alegría del hermano mayor cuando logra explicar la suma de fracciones a su hermanito o cuando convencemos a nuestra hermana de que está bella y la salvamos de la malvada bruja Anorexia.

Una receta simple para estar contentos

Ya presentimos que la búsqueda de la felicidad puede encerrarnos en una trampa. Algo podemos intuir de nuestras malas experiencias. Cuando en casa todos querían comer pizza y yo me empeñaba en hamburguesas, en contra de todos porque “yo tengo derecho a elegir lo que quiero” ... ¡Qué chasco! Al final me amargaba yo y amargaba a todos. Porque:

“sólo cuando no tratamos de ser felices a toda costa, es cuando somos realmente felices; que sólo cuando nos olvidamos de nosotros mismos para darnos a los demás, es cuando nos sentimos bien” (Ibidem).

Creo que ya somos poco partidarios de ponernos a buscar la felicidad. Es más, podemos prever el fracaso colectivo de una generación o de un país entero que se proponga la búsqueda de la felicidad como meta:

“es, sin duda alguna, el mayor sin-sentido que alguien pueda proponerse (...). La lamentable frase de la búsqueda de la felicidad es responsable de buena parte de los males y miserias del mundo moderno” (MUGGERIDGE, M., *Jesus Rediscovered*, London: Collins, 1969, p. 146)

Contra la corriente

Vamos entendiendo que la alegría es el resultado de un tipo de vida centrada en la generosidad, es decir, en el don de sí mismo. Con palabras claras, como una invitación a cada uno, nos lo dijo Jesús: “mayor felicidad hay en dar que en recibir” (Hechos, 20, 35). Si esto es así ¿por qué tantas veces nos encontramos viviendo en modo egoísta? A qué se refiere Jesús Urteaga cuando nos advierte:

“Hoy los cristianos, también los hombres en general, viven con la esperanza de recibir, no sienten la alegría de dar. Por eso no saben lo que es amar. No entienden que para amar hay que darse” (URTEAGA, J., *El valor divino de lo humano*, Rialp, Madrid, p. 141).

Ya llegamos a una segunda pista: sabíamos que hay una relación directa entre felicidad (o al menos, estar contentos) y

darnos a los demás. Ahora vemos que el amor es el link entre felicidad y servicio: si no amo no puedo ser feliz, porque si no amo ¿a quién voy a tratar de hacer feliz sino a mí mismo? Y ya sabemos que buscar el hacerse feliz a sí mismo no funciona¹.

Pero ¿quién me empuja hacia el egoísmo?

Pero qué difícil resulta librarse de la presión cultural. Pareciera que por todos los medios hay alguien que me quiere volver egoísta o al menos, a que me ocupe sólo de mí.

Es una presión a la que estamos sometidos desde pequeños y que llega de muchas partes.

Hace años leí algo acerca de un experimento con ratas. Me refiero a los verdaderos roedores, no a mis amigos de colegio.

Resulta que unos científicos pusieron un grupo de roedores en una jaula de dos pisos conectados por una pequeña rampa electrificada. Los perversos investigadores ponían la comida en el piso de arriba y cuando las pobres ratas intentaban subir por la rampa recibían una descarga eléctrica. No pasó mucho tiempo para que todas desistieran de subir a buscar comida. A pesar del hambre ninguna intentaba subir por la rampa. Fue entonces cuando desconectaron la electricidad y metieron una rata nueva en la jaula. Cuando ésta sintió hambre e intentó subir por la rampa todas las ratas viejas se lo impidieron, aunque ya no existía la amenaza de los voltios.

No recuerdo qué título le dieron a este descubrimiento: Equivocada Solidaridad o La presión de los pares.

Y los pares son mis amigos. Por lo general procuramos rodearnos de buenos amigos. Pero no basta que mis amigos sean buenos: es conveniente que estén claros, es decir, que compartan estas ideas de las que venimos hablando. Y cuando se trata de mi casa, mi familia, será mi ejemplo, no tanto mis palabras, lo que los anime a decidirse por la generosidad y el servicio.

Volviendo al experimento de los roedores y la presión del ambiente al egoísmo. Son mis amigos ratas quienes con sus consejos o con su ejemplo me halan hacia abajo. A esto le sumamos los modelos que nos presentan las series; las letras de las canciones y el mensaje de algunos influencers que empujan a vivir en modo sálvese quien pueda y los demás que se las arreglen. No trato de ser pesimista sino de señalar unos obstáculos. Además, hay maravillosas excepciones.

Corazones excepcionales

No es fácil hacerse una vida confortable. Aunque se disponga de bienes materiales, por lo general nos toca trabajar duro para cubrir las necesidades básicas. Pero la lucha por la supervivencia no puede volvernos insensibles ante la necesidad de los que me rodean. Tenemos que pedirle a Dios un corazón grande donde quepan los demás al mismo nivel de mis aspiraciones personales. Pienso que es una actitud, un don que da Dios.

Contaba emocionada la Santa Madre Teresa de Calcuta que un día le llevó un plato de arroz a una pobrísima mujer que mal vivía con sus hijos en un hueco en las calles de Calcuta. Pues la mujer pobre –pero bendecida por riquezas mayores– tomó un puñado del arroz recién recibido y salió de prisa del hueco donde habitaba.

– *¿Dónde vas?*” Le pregunta sorprendida la Madre Teresa.

– *“Voy a llevarle esto a una amiga porque ¡ella sí que es pobre!”*

¡Quién nos diera un corazón así! Hay algunos que vienen al mundo con corazones grandes. Otros lo han recibido en el hogar: aprendiendo de sus padres a darse a sus hermanos. Y otros muchos le pedimos a Dios el don de la generosidad a la que Él nos invita cuando nos dice: “Dios ama al que da con alegría” (2Cor 9, 7).

Recuerdo con admiración a una estudiante universitaria que enfermó de cáncer hacia el final de carrera. Una muchacha estupenda. Durante una Semana Santa que le dieron el duro diagnóstico. Fui a verla a la clínica. Estaba rodeada de amigos y familiares. Sonriente y tranquila atendía y se interesaba por cada

uno de los que vinimos a visitarla. Se le veía cansada, disminuida, pero amable, sin la menor sombra de amargura. Su madre no salía de su asombro, perpleja por la alegría y la entereza con la que su hija llevaba su enfermedad. Me llamó aparte y me dijo:

– *Le he ofrecido repetidas veces buscar para ella cosas especiales para hacerle más cómoda su situación: una TV más grande, un equipo de sonido, decir a un pariente especial que venga a verla y a todo me responde:*

– *Mamá, no te molestes. No molestes a tal persona...*

– *Hasta que no pude más (decía la buena señora) y le dije: “¡Pero hija, piensa en ti!”*

Yo traté de explicarle que no se lo dijera más. Que le diera gracias a Dios por tener una hija de corazón tan noble y generoso y que la apoyara en su decisión de olvidarse de ella misma y estar pendiente de los demás. En menos un año se fue al cielo con su flamante diploma de abogado.

Y me llega a la mente otro episodio en apariencia irrelevante.

Imagínate la casa de la abuela. Todos los domingos van hijos y nietos a almorzar. La buena señora no para de servir. Pasa la mañana entera en la cocina. Cuando están todos a la mesa ella es la última en sentarse. Pero ¿para qué? Pareciera que se sienta sobre un resorte porque ya está de nuevo yendo y viniendo de la cocina para complacer a un nieto. Hasta que su hijo le dice

- *“Mamá, ¡ya! Quédate sentada y come tranquila”.*

La escena se repite cada domingo hasta que un día la buena señora protesta:

- *“El día en que yo no pueda hacer algo por los demás, ese día me muero”.*

Esto es literalmente vivir para los demás y ¡qué mujer más feliz!

El engaño del carpe diem.

Carpe diem es un dicho formulado en latín y ha estado en boga al menos por dos mil años. Literalmente, agarra el día, atrápalo en la mano. Expresa la actitud de aprovechar todo lo que la vida nos ofrece hoy porque el mañana es incierto. Por lo general se

enfoca en los bienes terrenos. Nunca lo he escuchado cuando estoy en Misa en la basílica de San Pedro, sino cuando te ofrecen una jugosa chuleta de res y una jarra de cerveza helada.

Te digo esto porque es bueno recordar que, el siglo XX en el que nacieron la mayoría de nuestros patrones culturales, está obscurecido por el existencialismo: una posición ante la vida muy pesimista, negada a la trascendencia. Ante un horizonte vital tan negro lo único que nos queda es el *carpe diem*: encontrar la felicidad en el disfrute de las oportunidades que nos ofrece la vida. No estaría mal si el *carpe diem* nos llevara a aprovechar cada oportunidad para “celebrar la vida”, para atrapar las oportunidades que la convivencia nos ofrece para servir y hacer feliz a los de nuestra casa, pero por lo general, la corriente del *carpe diem* fluye hacia otros mares, mares cerrados como el Mar Muerto...

El derecho de ser feliz

Podemos aprovechar para plantearnos una pregunta complicada. En verdad ¿puede decirse que llegamos a este mundo con el derecho de ser felices? Los mejores sabios paganos admitían que, para ser felices hace falta un tipo de vida virtuoso pero que, aun así, era necesario un poco de suerte, o como lo decían ellos, gozar del favor de los dioses.

¿Derecho a ser felices? Ya se ve que la respuesta no es fácil porque ¿cómo podemos asegurarnos el tener suerte? Ciertamente, un cristiano goza del favor de Dios. Él es nuestro Padre que nos quiere felices, pero aun gozando de esta certeza, tantas veces no logramos descifrar las pistas que nos da Dios para vivir contentos...

En definitiva, ante la posibilidad del derecho innato a ser felices, valga una respuesta práctica: no creo que la vida nos dé el derecho a la felicidad, pero sí nos da oportunidades de servir, de amar. Y dichosa la persona que aprende temprano aquello que decía un poeta de la India, premio Nobel de literatura 1913:

“Dormía y soñé que la vida era alegría. Desperté y ve que la vida era servicio. Serví y he aquí que el servicio era alegría”

(TAGORE, R. Pájaros perdidos.)

Los cristianos tenemos la suerte de tener al Espíritu Santo como maestro. ¿Recuerdas cuando Jesús se dispone a lavarle los pies a los Apóstoles y Pedro no entiende? Jesús le promete que lo entenderá después, con la acción de la gracia en su alma, y luego les da esta promesa maravillosa que es todo un programa de vida: “Si comprendéis esto y lo hacéis, seréis bienaventurados” (Jn 13, 17) En otras palabras: si más adelante, cuando venga sobre ustedes el Espíritu Santo, comprenden el servicio a los demás y lo ponen en práctica, serán felices.

Soy una roca.

En los años 70 tuvieron merecida fama un dúo de vocalistas americanos. Una de sus canciones caricaturiza al individuo que no quiere sufrir dolor ni decepciones y se blindo en su egoísmo como una roca. *I am a rock*² se llama la canción. Habla de quien, por haber sufrido amando, ha construido barreras para aislarse de los demás y no despertar recuerdos de algo que se llama amor. La amistad causa dolor y sus alegrías no valen la pena.

A la luz de todo lo que hemos considerado hasta ahora, este modo de vida tiene garantizado el fracaso. Pero volviendo a lo de tener suerte en la vida, no podemos juzgar ligeramente a quien, según él, la vida lo ha llevado a ser un egoísta radical. No todos han tenido la suerte de haber crecido en un ambiente de amor y generosidad. No todos han recibido, con hechos y no solo con palabras, la luz del Evangelio, con su mensaje esencial de amor y donación de sí mismo. A lo largo de nuestro camino encontramos personas confinadas por el egoísmo. Frustradas, incapacitadas para ser felices porque “es mediante la propia donación libre como el hombre se realiza auténticamente a sí mismo”³. Cuán urgente es enseñar y aprender en casa, desde pequeños, la alegría de la auto donación.

Felices en casa

Hemos dado un largo paseo por terrenos teóricos y nos toca volver a casa. Recuerdo a un excelente profesor de cuando estudiaba ingeniería. Después de resolver en la pizarra un largo problema teórico, nos hizo volver de golpe a la realidad. La incógnita que tanto costó calcular se materializaba en un círculo del tamaño de una manzana. Fue un aterrizaje forzoso porque, después de hacer tantos cálculos, nos imaginábamos que la respuesta del problema sería un disco enorme del diámetro del planeta tierra. Así sucede en la ingeniería: funcionamos a ras de tierra, no nos manejamos en la astro física intergaláctica. De acuerdo ¿y entonces?

Es en casa, en familia, con los que Dios ha puesto a nuestro lado, donde tenemos que realizarnos como personas cristianas haciendo de nuestra vida una donación de amor. Pero no en la teoría, sino en el diario darnos a los demás, comprendiendo, perdonando, sirviendo, pasando por alto pequeñeces que no deben distanciarnos de los nuestros. Pero es el amor lo que hace realidad la propia donación que nos pone contentos, felices: “El amor lleva al don de sí mismo y lo efectúa”⁴. El amor nos impulsa a quererlos -a los de nuestra casa- y que el amor no se quede en lo teórico, sino que se haga realidad, por ejemplo, cuando mi mamá se esmera en cocinar bien para nosotros y yo me ofrezco a lavar los platos.

Sabemos bien que el servicio que nos hace felices redundará en nuestro crecimiento personal, más aún, es la única manera de alcanzar la propia realización que tanto se ensalza estos días. Así lo expresaba San Juan Pablo II en la Carta a las familias:

(el hombre) “no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo (GS 24) Esto podría parecer una contradicción, pero no lo es absolutamente. Es, más bien, la gran y maravillosa paradoja de la existencia humana: una existencia llamada a servir la verdad en el amor. El amor hace que el hombre se realice mediante la entrega sincera de sí mismo” (Carta a las familias 11).

La convivencia familiar nos ofrece incontables oportunidades de amar sirviendo, sanar perdonando, consolar sonriendo. No está claro que la vida nos deba el derecho de ser felices, lo que sí es muy cierto es que la convivencia familiar nos da las oportunidades que necesitamos para ser felices amando.

La virtud más aburrida

Escrito por: P. Rafael Quintero.

Pero si vienes en cualquier momento, nunca sabré a qué hora preparar mi corazón... Es bueno que haya ritos.

- ¿Qué es un rito? – dijo el principito.

- Es algo también demasiado olvidado – dijo el zorro. – Es lo que hace que un día sea diferente de los otros días, una hora de las otras horas.

Probablemente te haya sucedido como a mí: la primera vez que me encontré con este diálogo de El Principito tuve que leer y releer varias veces el mismo texto porque no conseguía comprender la paradoja que planteaba el zorro. ¿Cómo es posible que un rito – algo fijo, que se repite según reglas establecidas – haga posible que un día sea diferente a los demás? ¿Acaso un rito no es sinónimo de monotonía? ¿Cómo maravillarse ante lo que se ha visto o vivido varias veces exactamente del mismo modo? ¿Acaso lo del zorro es un mero juego de palabras? ¿No se da cuenta de que se contradice?

Es verdad, la repetición de actos puede ser aburrida, pero para nadie es un secreto que para ser santos hemos de apoyarnos en acciones que se repiten una y otra vez: es aquello que llamamos virtudes. Una persona con virtudes no necesariamente es santa, pero la persona santa seguramente cuenta con numerosas virtudes. De hecho, para que alguien sea oficialmente declarado “santo” por la Iglesia, es necesario comprobar que vivió – incluso hasta el grado de la heroicidad – las virtudes cristianas.

¿Qué tiene que ver la virtud con la santidad? Pues mucho, porque las virtudes nos ayudan a obrar el bien cada vez con mayor facilidad. Una de las definiciones más comunes de virtud nos dice que es el “hábito de obrar bien” y que su contrario es el vicio (que sería “el hábito de obrar mal”). Quienes luchamos por ser santos quisiéramos obrar el bien y hacerlo tan seguido, que ese buen actuar se convierta en un hábito en nosotros. Por eso las virtudes son necesarias para alcanzar la santidad.

Un abismo llama a otro abismo

Pero partamos de la experiencia: con la repetición de actos, las cosas se hacen cada vez más fáciles. En algunos oficios (pensemos en un atleta, una bailarina, un artesano, etc.) es necesario repetir muchas veces el mismo movimiento, de modo que cuando le sea necesario no tenga ni que pensar cómo hacerlo y le salga “natural”. Pues sucede lo mismo en la santidad, necesitamos las virtudes para que elegir el bien se nos haga “natural” (o menos cuesta arriba) porque ya lo hemos estado haciendo muchas veces.

La experiencia también nos confirma lo contrario: la repetición de malas acciones hace más fácil que caigamos en nuevas malas acciones y, al mismo tiempo, que la búsqueda del bien se nos haga más cuesta arriba. Por eso es tan importante atajar las malas inclinaciones a tiempo, cuando todavía no han ido a mayores: “Bien sabes, hijo, hasta dónde puedes llegar, si no luchas: «el abismo llama a otros abismos»”¹.

Muy bien, la virtud es necesaria para avanzar en el camino de santidad, pero ¿cómo puede hacer que un día sea diferente de los demás o una hora de las otras? Porque, seamos realistas: lo divertido suele tener algo de diferente, y lo que nos aburre suele ser más de lo mismo. Cuando el zorro habla de ritos dice que son algo bueno porque facilitan que todo sea diferente cada vez y parece decirlo como si fuese emocionante para él. Entonces ¿cómo es que una virtud, que se basa en la repetición de actos buenos, puede traer consigo algo diferente, incluso divertido? ¿Es que acaso la virtud es emocionante? La respuesta común es NO y hemos oído muchas veces: “lo bueno no es emocionante, de hecho, suele ser aburrido”.

The most boring virtue

Para salir de esta aparente paradoja, permíteme hablarte primero de la que considero es la virtud más aburrida de todas. Porque si somos capaces de distinguir algo emocionante en ella, entenderemos mejor al zorro y podremos aplicar su consejo a nuestra lucha por la santidad. En mi opinión, la corona a la “most boring virtue” se la lleva la virtud del orden (¡y por mucho!). Seamos

sinceros: ser ordenados no es divertido, nada divertido. Los niños lo saben muy bien y lo sufren cuando sus padres les piden cortar con la diversión (y sobre todo con el desorden).

A medida que nos volvemos adultos, nos damos cuenta de que el orden –aunque no sea divertido–, sí que es importante. Hay quienes incluso desarrollan un cierto placer al ver las cosas ordenadas, pero aun así, difícilmente verán el acto de ordenar como algo emocionante. Solemos decir –a veces con cierta envidia– que existen personas a las que les es naturalmente más fácil ser ordenados, pero esa facilidad no es solo natural: es en gran parte adquirida gracias a la repetición de actos de orden. Estamos, por tanto, ante una virtud con todas sus letras.

¿Virtud o manía? Una línea muy delgada

Cuando hablamos de orden, uno de los principales riesgos está en el “exceso”. ¿Se puede tener una virtud en exceso? En general, cuando decimos que alguien es excesivamente justo, laborioso, ordenado, etc., no estamos precisamente alabando sus acciones. Incluso nos cuesta ponerle la etiqueta de “virtuoso” a ese modo de proceder porque se ha salido un cierto equilibrio en el que debería estar. Hace muchos siglos que alguien en la Antigua Grecia le dio muchas vueltas a este tema y llegó a la idea que luego dará origen a la famosa expresión latina “in medio virtus” (la virtud está en el medio). En su enunciado original podemos leer: la virtud “consiste en un término medio entre dos extremos malos, el uno por exceso y el otro por defecto”².

En lo que se refiere al orden, es evidente que tanto el exceso como el defecto destruyen la virtud. A quien le falta orden le solemos llamar desordenado y a quien le sobra, maniático. En ninguno de los dos casos estamos alabando a la persona, sino que lo decimos como algo en lo que podría mejorar. Por lo tanto, ninguno de los dos extremos refleja la virtud.

Es relativamente fácil identificar a una persona desordenada, pero ¿cómo distinguir el límite entre la virtud del orden y la manía por el orden?

Cada cosa en su lugar

La semejanza aparente entre la virtud y la manía en el orden es comparable con la similitud entre dos palabras que los antiguos griegos empleaban para realidades completamente distintas: caos y kósmos. La semejanza es meramente fonética –sonidos similares– pero son antónimos entre sí. El término kósmos significa orden, belleza, ornamento. El caos, en cambio, mantuvo su significado en muchas lenguas modernas: caos, confusión, desorden.

Los griegos antiguos emplearon esta similitud fonética en su reflexión sobre el universo (al que denominaron con el término kósmos) como una realidad en la que el orden y lo previsto dominaban sobre el caos, aunque también había espacio para el azar. Por eso es posible para el hombre reconocer las leyes que rigen este orden a través de la observación atenta y de la inteligencia. Este es precisamente el objetivo de las ciencias experimentales: observar, medir y deducir los principios que rigen el orden en la naturaleza y así ganar terreno ante el caos.

Esta observación de los antiguos griegos también es útil para nuestra reflexión: en el cosmos hay unas reglas que rigen el orden, pero también hay espacio para lo impredecible sin que esto contraríe la existencia de unos principios. Cuando alguien es desordenado, probablemente no está teniendo en consideración que existen unos principios que dan a cada cosa su lugar correspondiente, y que hacen posible que las cosas funcionen como deberían. En palabras de San Agustín, se puede definir el orden como “aquella disposición de las cosas semejantes y desemejantes que le da a cada una su lugar propio”³, es decir, la ubicación de cada cosa donde debería estar.

Cada cosa debería estar en un sitio, pero no al azar, sino en virtud de un principio que le da sentido a ese orden. Podremos decir que, si no hay orden, probablemente tampoco hay un principio ordenador y así como quien es desordenado está desatendiendo ese principio, la persona maniáticamente ordenada también. Aparentemente hay orden, pero no como virtud, sino como fin en sí

mismo. El orden, que debería ser un medio para obtener mayor eficacia, para apreciar la belleza de un conjunto, para hacer más agradable la vida propia y la de los demás, se convierte en un fin. Es más, sabemos que solamente Dios –creador de todas las cosas– puede tenerse como fin a sí mismo. Las demás cosas –humanos incluidos– somos criaturas: nuestro fin último está en Dios.

La persona maniática convierte el orden en fin de sus propios actos, y ese amor desordenado a la propia excelencia no deja sitio a la caridad, que consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y a los demás –incluido uno mismo– por Dios. Ante la pregunta “¿por qué lo haces?”, la persona maniática no tiene respuesta más allá del “hay que ser ordenados” o “el orden es bueno”, tal vez sin poder dar mayores razones. Por eso le cuesta supeditar o posponer el orden en pro de bienes que obedecen a principios mayores. De nuevo, exteriormente puede tener apariencia de virtud, pero sus acciones no necesariamente están orientadas al verdadero bien.

Cuestión de principios (humanos)

Los antiguos griegos hablan de principio ordenador que da la belleza al cosmos, pero sería ingenuo pensar que es principio surge de la nada. Existe un orden en la naturaleza... ¡pero eso no es virtud! Para que una acción sea producto de una virtud, uno de los requisitos es que sea una acción humana, movida por un principio que libremente tienda al bien. Podemos, por ejemplo, entrenar a nuestro perro para que coma a horas concretas y no cuando le provoque. Se podría decir: “¡qué perro tan educado!”, pero detrás de esas acciones ordenadas no hay virtud ya que no son producto de una decisión libre, sino un aprendizaje que ha condicionado sus acciones.

Detrás de las virtudes existe un principio que hace que las acciones tiendan efectivamente hacia el bien. Este es el motivo que mueve –valga la redundancia– las acciones de la persona habitualmente ordenada. En el caso de la virtud del orden, es universalmente aceptado que éste coopera con el mejoramiento personal y que, aunque en un principio puede costar el vencimiento

de la pereza o de la indiferencia ante esos detalles de orden, al final suelen traer numerosas ventajas.

Permíteme copiar aquí unas palabras del conocido discurso que ofreció el almirante William H. McRaven⁴ en la Universidad de Texas con ocasión de un acto de graduación, y que posteriormente dieron origen al Best Seller “Hazte la cama, y otros pequeños hábitos que cambiarán tu vida y el mundo”. En su primer consejo, el almirante saca de sus recuerdos de la academia una lección valiosa que mucho tiene que ver con los motivos por los que la virtud del orden ha de ser central en nuestras vidas:

Cada mañana en el entrenamiento básico de los Navy SEALs, mis instructores –que en aquel tiempo eran todos veteranos de Vietnam– se presentaban en la habitación de mi cuartel y lo primero que inspeccionaban eran las camas. Si lo habías hecho bien, las esquinas quedarían rectas, las mantas completamente estiradas, la almohada centrada justo debajo de la cabecera y la manta extra doblada cuidadosamente al pie de la cama.

Era una tarea simple, mundana en el mejor de los casos. Pero cada mañana teníamos que hacer la cama a la perfección. Parecía un poco ridículo en aquel momento, particularmente a la luz del hecho de que estábamos aspirando a ser verdaderos guerreros, SEALs duros y curtidos en la batalla, pero la sabiduría de este simple acto se me ha manifestado muchas veces.

Hemos visto muchas veces esta escena en las películas. En el momento de la inspección exhaustiva de las barracas, un error minúsculo puede resultar muy caro al pobre soldado, pero ¿qué enseñanza puede aportarnos a quienes no pertenecemos al ambiente militar? El autor prosigue con las razones por las que él considera que cuidar este detalle puede ser de gran provecho a quienes lo leemos: “Si haces tu cama todas las mañanas, habrás cumplido la primera tarea del día”. Es decir, habrás obtenido el éxito en una de las primeras batallas de la jornada y aquí podría aplicarse también aquello de “un abismo llama a otro abismo”, pero visto en positivo. De hecho, si sigues este primer consejo, comprobarás que esta victoria te dará “un pequeño sentido de orgullo y te animará a hacer otra tarea y otra y otra. Al final del día, esa tarea completada se habrá convertido en muchas tareas completadas”.

Aunque parezca una teoría demasiado optimista, vayamos al extremo opuesto que nos proporciona la experiencia personal. Si un acto de orden facilita otro acto de orden, ¿un acto de desorden promueve otro acto similar? Siendo honestos, tendremos que decir que sí. Es fácil recordar muchos ejemplos de cómo el desorden llama al desorden: donde ya hay basura y nos parece que cabe más, no tendremos mayor reparo en añadirla. Si al llegar a nuestro cuarto nos quitamos la chaqueta y, en lugar de colocarla en su lugar la echamos sobre la cama, probablemente le seguirán también unos libros, unos audífonos o más ropa. Tal vez nos justificaremos pensando “después lo recogeré todo de una vez”. En cambio, donde el orden es evidente y existe al menos la idea de que es bueno que permanezca así, nos será más fácil exigirnos con otros actos que conserven esa armonía.

Nuevamente, un abismo llama a otro abismo: el orden llama al orden y de modo análogo sucede en el caso contrario. Para adquirir la virtud del orden es necesario comenzar con pequeños vencimientos, como este de empezar el día haciendo muy bien la propia cama.

Cuestión de principios (sobrenaturales)

En ese mismo consejo de este veterano de los Navy SEALs encontramos otra razón de peso en el ámbito militar. Durante el entrenamiento se suele reforzar la idea de que un pequeño error puede ser fatal en la batalla y “hacer tu cama también reforzará el hecho de que las pequeñas cosas de la vida importan”, nos dice el almirante Mc Raven.

Para quienes queremos ser santos, este consejo puede ser muy útil ya que también nosotros estamos constantemente plantando batallas contra nuestras malas inclinaciones, y en general, contra lo que nos puede apartar del amor de Dios. Debemos desear para nosotros la virtud del orden porque nos mantiene alertas como un centinela. Los grandes tropiezos en la vida de santidad –las grandes derrotas– se evitarían en gran medida si permanecemos atentos a los pequeños detalles.

En su discurso, William H. McRaven concluye que “si no puedes hacer bien las cosas pequeñas, nunca harás bien las grandes”. ¿Te suena esta idea? Probablemente encontramos resonancias de este mismo consejo en la voz de san Josemaría, quien en su obra Camino dedica un capítulo entero precisamente a la importancia de las Cosas Pequeñas. Allí nos sentimos interpelados cuando nos dice “¿Quieres de verdad ser santo? – Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces”⁵. Así como podemos decir que el soldado se juega la vida en el simple hecho de tender bien su cama cada día, el cristiano que quiere vivir con coherencia la propia fe se juega la santidad en los pequeños detalles y por eso, el orden como virtud es esencial en la lucha diaria para encontrarnos con Dios en medio de las circunstancias ordinarias.

¿Santo y desordenado?

San Josemaría solía pedir la virtud del orden en su oración personal: “¡Señor! Dame la virtud del orden. (Creo que es virtud y fundamental, por eso la pido.)”⁶. Pero lo que solicitaba era la “virtud” del orden, no la “manía” o el mecanicismo del orden. La diferencia radica en el propósito: el orden es un medio para ser santo y no un fin en sí mismo, como hemos visto. También nosotros deberíamos aspirar a ser más ordenados si queremos alcanzar la misma meta.

En las vidas de otros santos encontramos este denominador común. A algunos les era más naturalmente fácil vivir esta virtud que a otros, y aunque no existiese conciencia plena de que el orden material era un “requisito” para llegar al cielo, a medida que un alma se adentra en caminos de contemplación, es capaz de apreciar al alcance y la sabiduría de aquellas palabras de nuestro Señor: “quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho” (Lc 16,20). Entendemos ahora cómo el orden como virtud nos ofrece incontables oportunidades de ser fiel a Dios en los pequeños vencimientos a lo largo del día. Al ofrecer a Dios una y otra vez esos pequeños detalles de orden, haremos vida nuestra aquella recomendación de san Jerónimo: “también en lo pequeño se

muestra la grandeza del alma [...]. Por eso el alma que se entrega a Dios pone en las cosas pequeñas el mismo fervor que en las cosas grandes”⁷.

Difícilmente será santo quien desprecie el orden material principalmente por dos motivos. En primer lugar, es evidente que la santidad abarca todos los ámbitos de la persona (no sólo el espíritu ni sólo el cuerpo). Si el orden consiste en colocar cada cosa en su sitio, el alma de la persona santa tiene todo puesto en una jerarquía en la que Dios ocupa el primer lugar, siguiendo aquel mandamiento de la ley: “Amarás a Dios sobre todas las cosas”. A esto se le suele llamar orden interior y en una persona coherente, el orden interior se ve manifestado en sus acciones y ciertamente en el orden exterior. Le llevará a disponer su horario, sus normas de piedad, la dedicación a su familia, amigos, etc., de modo que en todo haya espacio para Dios, también en los pequeños detalles. La persona santa difícilmente caerá en la manía porque el orden exterior será reflejo del orden interior, regido por el principio fundamental de colocar a Dios en primer lugar.

Conocemos de memoria las palabras de san Pablo: “si yo no tengo amor...” (1Cor 13,1ss) y la lista de acciones que quedarían en nada si este amor no fuese su motor: de nada serviría darle a los pobres lo que tengo, dedicarme en cuerpo y alma a ayudar a los demás, hablar de parte de Dios, etc. El amor al que hace referencia es claramente el amor a Dios y, como consecuencia, el amor al prójimo. Por eso quien desea ser santo ha de crecer primero en este amor y ponerlo en práctica en las miles de ocasiones que se le presentan cada día. El orden le ofrece muchas de esas oportunidades y despreciarlas podría ser manifestación de falta de visión sobrenatural e incluso de aquel amor a Dios en el que intenta crecer. De nuevo, como somos alma y cuerpo, el desorden material puede llegar a afectar incluso el orden interior –cosa que evidentemente no queremos.

Un segundo motivo para vivir el orden en la lucha de la santidad es la humildad. Dios quiere hacernos fuertes en los

combates que él quiera enviarnos. La persona soberbia puede querer alcanzar la santidad, pero con medios hechos a su medida y eligiendo las batallas en las que quede patente lo bueno que es. Existe una cierta presunción al hacer las cosas pequeñas con ligereza y precipitación porque el soberbio está esperando una santidad a lo quijotesco, “porque, así como el orgulloso quiere singularizarse siempre, el humilde se complace en las cosas corrientes y ordinarias”⁸. La falta de humildad puede manifestarse muy sutilmente, por ejemplo, en aquella consideración de san Josemaría: “¡Cuántos que se dejarían enclavar en una cruz, ante la mirada atónita de millares de espectadores, no saben sufrir cristianamente los alfilerazos de cada día! –Piensa, entonces, qué es lo más heroico”⁹.

En conclusión, los detalles cotidianos de orden en quien buscar ser santo son manifestación de una armonía con ese orden interior en el que Dios ha de ocupar el puesto de honor. Sirva también de ejemplo esta recomendación ascética: “Que tu porte exterior sea reflejo de la paz y el orden de tu espíritu”¹⁰. Además, esos detalles son muestra de humildad al vivir heroicamente la lucha por la santidad en los pequeños detalles, precisamente por amor a Dios – nunca por manía –, sin despreciar las muchas ocasiones que el vivir el orden nos proporciona para demostrarle cuánto queremos amarle. ¿Acaso no es de enamorados cuidar los detalles, incluso en las acciones aparentemente sin importancia?

Orden para encontrar más fácilmente...a Dios

Sabemos que se puede ser santo en casa, en el trabajo, en la universidad –¡en medio del mundo! – porque allí podemos encontrar a Dios. ¿Qué es la santidad sino el tener el corazón tan inflamado de amor a Dios hasta el punto de que todas nuestras acciones, pensamientos y emociones estén orientados a Él? Hacia eso debemos tender, y el orden puede sernos de gran ayuda en esta lucha si procuramos que cada acto de esa virtud vaya acompañado de un “Señor, esta cama bien hecha, armario

ordenado, mesa de trabajo impecable, sujeción al horario previsto, etc..., ¡por ti!

Con esto en mente podremos “divinizar” hasta lo más humano, de modo que el orden ya no será una mera virtud sino ocasión de dialogar constantemente con Dios. Al sentirnos de continuo en su presencia y al querer ofrecerle innumerables detalles durante el día, pasaremos con naturalidad a dirigirle jaculatorias encendidas, a repetir actos de amor, de desagravio, a darle gracias porque apreciaremos su mano bondadosa interviniendo en nuestro favor muchas veces durante el día. Sentiremos –con razones concretas– que Dios nos ama y, con el corazón enamorado, lucharemos por corresponder a sus innumerables gracias.

Nos será más fácil comprender que la perseverancia en el orden es perseverancia en el amor a Dios, en el camino de la propia vocación a la santidad. No olvidemos que “somos niños delante de Dios, y si consideramos así nuestra vida ordinaria, en apariencia siempre igual, veremos que las horas de nuestras jornadas se animan, que están llenas de maravillas, diversas entre sí y todas hermosas”¹¹. Es cierto que el orden suele traer consigo eficacia, pero quien quiere ser santo es capaz también de reconducirla y rectificar la intención: “Cuando tengas orden se multiplicará tu tiempo, y, por tanto, podrás dar más gloria a Dios, trabajando más en su servicio”¹².

¿Virtud aburrida?

Si se vive por amor a Dios, el orden nos proporciona ocasiones de encontrarlo con frecuencia asombrosa y de vivir con el corazón preparado para esas citas: ¿en qué detalles encontraré hoy una ocasión de vencer la flojera y decirle al Señor: "por ti, pondré esto (zapatos, libros, ropa, etc.) donde corresponde y no donde me provoque", "por amor a ti haré ahora esto que es lo que tengo que hacer, aunque no me provoque", "por ti...".

La paradoja del zorro y el principito tiene ahora una respuesta: existen ritos que, a pesar de la repetición de actos no son en

absoluto una tarea gravosa, cargante, aburrida: “Eso de sujetarse a un plan de vida, a un horario –me dijiste–, ¡es tan monótono! Y te contesté: hay monotonía porque falta amor”¹³. No hay aburrimiento, en cambio en aquellos ritos que facilitan el encuentro entre dos personas que se quieren. Así, el zorro domesticado por el principito es capaz de ver en cada cita con él (a hora fija, un día tras otro) la paz que da la seguridad de ese encuentro con la persona querida. En nuestro caso, es el amor a Dios el que hace que, en los ritos, o, mejor dicho, en la virtud del orden, tengamos la seguridad de saber que allí nos espera Él. No sólo en los actos de piedad o en los momentos concretos de oración personal, sino a todas horas; “desde el primer pensamiento del día al último de la noche, poniendo de continuo nuestro corazón en Jesucristo Señor Nuestro, llegando a Él por Nuestra Madre Santa María y, por Él, al Padre y al Espíritu Santo”¹⁴. De este modo, un día será diferente de los otros días, una hora de las otras horas.

Consejo final

A lo largo de su discurso ante los graduandos de la Universidad de Texas, el almirante McRaven hace uso del lema de su alma mater: “What starts here changes the world”. De hecho, finaliza su primer consejo dando un giro a esta misma frase: “si quieres cambiar el mundo, comienza por hacer tu cama”. Nosotros nos atrevemos a darle un giro extra con un sentido sobrenatural: “si quieres ser santo, comienza por vivir el orden en las cosas pequeñas, por amor a Dios”.

El gran valor de lo pequeño

Escrito por: Carlos Socorro (Cayo).

La vida común y ordinaria de cada uno de nosotros está lleno de muchas cosas que a simple vista parecen sin importancia, sin relieve, de monotonía en nuestra rutina y de costumbres que de repetirlas tanto nos perdemos de su valor. Y si es verdad, no te voy a negar que nuestra vida puede estar llena de estas cosas, pero efectivamente, nos estamos perdiendo de su valor cuando creemos que esas pequeñas cosas del día a día no tienen importancia, pero si nos ponemos a pensar un poco resulta que... ¡esas pequeñas cosas son las que hacen nuestra vida! Y por supuesto que tienen una gran importancia, lo que pasa es que no nos damos cuenta.

El edificio de ladrillos

Pondré el ejemplo de un edificio para demostrar la importancia de esas cosas pequeñas que parecen que no tienen algún valor, como si se quitaran o se pusieran en nuestra vida la cosa no va a cambiar mucho. El ejemplo es el siguiente: Tenemos un edificio hecho de ladrillos, ese edificio es gigante, precioso (podríamos decir que el edificio es nuestra vida), pero esa gran construcción que simple vista parece algo espectacular y ya está, en realidad fue hecho ladrillo por ladrillo, donde cada ladrillo mide quizás 25 centímetros y podríamos decir que un ladrillo no tiene gran importancia en esa construcción de 40 metros, pero... ¿de qué está hecho ese gran edificio? Exactamente, está hecho por ladrillos pequeños, que desde una vista superficial hasta parecen que son todos iguales, que es una monotonía de ladrillos, pero si un ladrillo se quita ese edificio se caería, y ahí es cuando nos damos cuenta de la importancia y el valor de cada uno de los ladrillos por más "monótono" y pequeño que parezca.

Nosotros, si queremos tener una vida plena y bien hecha necesitamos poner atención a esos pequeños ladrillos que construyen nuestro edificio (nuestra vida). Y pondremos como el cemento que une a esos ladrillos a las virtudes, es decir, tenemos a

los ladrillos (cosas pequeñas), al edificio (la vida) y el cemento que hace que esos ladrillos estén firmes y no se caigan con cualquier cosa (las virtudes). Para eso contaré una historia:

Fulano salió al supermercado con sus papás, cuando salieron de su casa le recordó a su papá que había dejado la tarjeta de crédito en la gaveta -menos mal, porque imagínate que hubieran estado a punto de pagar en el súper y se den cuenta que no tenían la tarjeta... para ponerse a llorar-, entonces el papá le agradeció, después cuando están yendo al carro le abre la puerta a su mamá que ya se le hace difícil montarse en el carro porque tiene un problema con la rodilla, van en el carro y llegan al supermercado. Estando ya en el súper, Fulano está caminando y a una señora de adelante se le cae un producto de su carrito, pero resulta que, ¡la señora no se dio cuenta!, entonces, Fulanito agarra lo que se cayó y se lo entrega a la señora. Por último, cuando van saliendo del supermercado está pendiente del vigilante de la tienda y le da los buenos días -el vigilante con mucho gusto se lo responde-. Así, llegan a su casa felices y contentos con su compra.

Ahora, después de leer esta pequeña historia, seguro piensan "Fulano si es caballeroso, muy buen muchacho pendiente de sus papás, de los demás y hasta los buenos días da", ¿y se fijaron en donde se pone en evidencia esa caballerosidad y esa atención en los demás? Exactamente, en las cosas pequeñas. Fulano sí que trabaja las virtudes, ya que es ahí donde los ladrillos del edificio se hacen firmes y no permite que el edificio se caiga, más bien, hace que el edificio pueda construirse y verse magnifico.

Las virtudes son algo realmente maravilloso -el que no haya leído sobre el tema se lo recomiendo demasiado-, con ellas vamos formando nuestra personalidad, y no solo eso, sino que nos hace libres y, por lo tanto, hace que cumplamos lo que tenemos que cumplir, es decir, nuestra función en esta vida. Por ejemplo, el cemento del edificio (que son las virtudes) no solo hace que se mantenga firme la estructura, sino que hace que ese edificio pueda cumplir su función como un edificio, porque sino se cae.

Hay una frase muy buena de San Josemaría que dice “¿Quieres de verdad ser santo? —Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces.” ¡Qué gran frase! Aquí este gran santo lo que nos quiere decir es que para llegar a la santidad o para ser una persona realmente virtuosa tenemos que estar pendientes en cumplir el pequeño deber en todo momento (arreglar la cama, dar el buen día, recoger la mesa después de comer, escribirle a nuestro amigo, entre muchas más cosas que cada quien verá), y eso se logra haciendo lo que tenemos que hacer y estando en lo que hacemos, es decir, así como el cemento está haciendo lo que tiene que hacer, que es sostener los ladrillos (como el estudiante tiene que estudiar), también está en lo que hace, está pendiente de hacer lo que hace de la mejor manera posible.

El valor de las cosas pequeñas

Muchas veces nos excusamos para dejar de hacer las cosas realmente como las deberíamos de hacer (especialmente las pequeñas), porque decimos “eso no tiene importancia” pero yo te digo ¿Y que tiene importancia entonces? ¿Acaso, vamos a hacer bien las cosas solo cuando todo el mundo nos está viendo o cuando tengamos que tomar una decisión que involucre el destino de la humanidad o algo así? La mayoría de las personas -por lo menos yo- tenemos muy pocas oportunidades para hacer cosas “súper grandes” ante los demás, nuestro día a día muchas veces se basa en hacer cosas que la gente no se da cuenta que hacemos, pero si esas cosas que hacemos van formando nuestra vida ¿Cómo podemos decir que no tienen importancia? ¡Es nuestra vida la que estamos construyendo, y eso tiene un valor y una importancia grandísima! Tenemos que empezar a hacer todas nuestras cosas con amor, con sentido sobrenatural, santificando nuestra vida cotidiana, ¡ahí está nuestro encuentro con Cristo!

Aparte, ¿Cómo queremos llegar a la meta sobrenatural de la carrera (el cielo y el Amor) sino entrenamos, si no nos preparamos diariamente, si no perfeccionamos los fallos, y, sobre todo; sin darle

sentido -que viene del Amor- a lo que hacemos día a día? Las ocasiones para entrenar y llegar con la mejor forma posible a la meta está a nuestro alcance de la mano, no está en hacer cosas excepcionales ante los ojos del hombre, está en hacer las cosas ordinarias de una manera extraordinaria ante los ojos de Dios.

Esta idea del párrafo anterior viene muy bien con la parábola de los talentos dicha por Jesús, donde dice “ El que es fiel en lo muy poco, es fiel también en lo mucho” (Lc 16, 10) Y es que Dios -como siempre- da en el clavo con estas palabras, no podemos pretender hacer cosas grandes sino hacemos primero las cosas pequeñas, no podemos pretender tener 100/100 en el examen de matemática sino estudiamos, o no podemos esperar tener un buen noviazgo cuando no tenemos detalles con nuestra pareja o no la respetamos, tampoco podemos pretender que nuestros papás nos den responsabilidades cuando ni siquiera sacamos al perro cuando tenemos que. De la misma manera pasa con el amor de Dios y con el regalo del cielo, sino le somos fieles al amor en lo pequeño, mucho menos estamos preparados para las cosas grandes.

Todo esto nos debe motivar para hacer las cosas a partir de hoy de la mejor manera posible, como Dios manda y quiere, para que podamos vivir nuestra vida a plenitud, para que podamos disfrutar de ella, para que la aprovechemos al máximo, que Dios se pone contentísimo cuando aprovechamos nuestra vida, cuando disfrutamos de ella, cuando multiplicamos nuestros talentos, ¡y que alegría y que paz la de nosotros al vivir de esta manera! Al saber que nuestra vida no es una vida estéril, sino una vida fecunda, con sentido, y que haciendo las cosas pequeñas como se deben estamos ganándonos lo más grande que hay, que es el Amor.

Jesús da en el clavo

También, si uno se pone a ver la vida de Jesús se “dividió” en dos partes: la vida pública y la privada. La vida pública es la que sale en gran parte del Evangelio, comienza con el primer milagro de Jesús en las bodas de Canaán, pero antes de eso, Jesús estuvo gran parte de su vida trabajando y ayudando en su casa, en el

negocio de carpintería con su papá san José, es decir, Jesús -que es Dios- santificaba todo lo que hacía, todo lo hacía en vista de cumplir con su Amor, incluso las cosas pequeñas de su vida común y corriente -como tu vida y como mi vida-, nuestro Señor también tuvo una vida en lo privado, una vida donde no hacía “cosas grandes” ante los ojos de los hombres, pero si hacía “cosas pequeñas” ante los ojos del Padre.

Debemos tener ese ejemplo siempre, ¡que mejor ejemplo!, porque muchas veces solo tenemos en cuenta la vida pública de Jesús, llena de milagros, de grandes curaciones y de hermosas pláticas con el pueblo y con sus apóstoles, pero olvidamos que Él también trabajó como nosotros, seguramente ayudando muy de cerca a san José; Él también ayudó a su mamá con las cosas de la casa, ayudando a que la casa tenga un ambiente agradable; seguramente también tuvo a sus amigos a los cuales quería -y sigue queriendo- muchísimo y estaba pendiente de ellos, ¡Jesús vivió lo que nosotros vivimos también! Y esto es algo que les recomiendo que lo lleven a la oración personal con Dios, preguntarle a Jesús: “¿Jesús, como hiciste para santificar tu vida común y corriente como la mía?”.

Nuestro Señor estuvo preparándose y entrenando -como dijimos en unos párrafos atrás- para llegar de la mejor manera posible a la gran meta, para llegar a la Resurrección, pasando por la Cruz, pero con un gran amor hasta en lo que parece irrelevante, pero le daba -y le sigue dando- sentido a todo.

Y ya que hablamos de la vida privada de Jesús, también hay algo que me he fijado de su vida pública. En el Evangelio según san Lucas pasa algo muy interesante, que es lo siguiente:

“Un fariseo invitó a Jesús a comer. Entró en casa del fariseo y se reclinó en el sofá para comer. En aquel pueblo había una mujer conocida como una pecadora; al enterarse de que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, tomó un frasco de perfume, se colocó detrás de él, a sus pies, y se puso a llorar. Sus lágrimas empezaron a regar los pies de Jesús y ella trató de secarlos con su cabello. Luego le besaba los pies y derramaba sobre ellos el perfume.” (Lc 7, 36-38) Después de esto el fariseo pensó mal de Jesús al ver que él aceptaba que esta mujer pecadora le lavara y besara los pies, por lo que Jesús dijo: “Y volviéndose hacia la mujer, dijo

a Simón: «¿Ves a esta mujer? Cuando entré en tu casa, no me ofreciste agua para los pies, mientras que ella me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha secado con sus cabellos. Tú no me has recibido con un beso, pero ella, desde que entró, no ha dejado de cubrirme los pies de besos. Tú no me ungiste la cabeza con aceite; ella, en cambio, ha derramado perfume sobre mis pies. Por eso te digo que sus pecados, sus numerosos pecados, le quedan perdonados, por el mucho amor que ha manifestado. (Lc 7, 44-47).

¿Se fijaron en la importancia que le dio Jesús a los actos de esta mujer? Nuestro Señor quedó sorprendido por los actos de gran amor que tuvo esa mujer para con Él, pero esos actos no fueron cosas súper grandes a la vista de todo el pueblo, esos actos fueron pequeños actos de amor donde lo que importó fue que Jesús los haya visto y recibido, la mujer no estaba pendiente de que, si Fulanito, Juanito o la vecina la estaban viendo, no, ella solo estaba haciendo eso por amor.

Jesús toma muy en cuenta las cosas que hacemos sin esperar nada terreno a cambio, sin esperar aplausos de los demás, sin esperar que digan “ese muchacho si es bueno”, lo único que un cristiano espera es dar y recibir el Amor, sin importar quien lo esté viendo, “ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.” (Mt 6, 6). Con los pies en la tierra, trabajando full para servir a los demás, acercando gente a Dios, siendo ejemplo (que es el mayor apostolado), pero... con la vista al cielo, es decir, hacer todo para el Amor, por Dios.

Lo pequeño nos hace grandes

Seamos fieles en todo momento a los pequeños actos de amor, ahí es donde realmente trabajamos nuestra personalidad y nuestra relación con los demás. Esas cosas pequeñas son: la puntualidad, la sinceridad, las palabras bondadosas, nuestra actitud llena de alegría, las sonrisas, los saludos, los momentos donde tengo que renunciar a un pequeño capricho para poder hacer feliz al otro (y créeme que también te vas a sentir muy feliz tú).

Y es que, por ejemplo, en una relación de pareja muchas veces hay problemas, pero en la mayoría de los casos es porque no hay buena comunicación, no se dicen las cosas, no se entiende, y lo

peor: no se escuchan. Pero esta relación de pareja que tiene poca comunicación está llena de cosas pequeñas que muy probablemente no se tienen en cuenta, por ejemplo, como se puede pretender tener una buena comunicación sino se empieza con decirse los buenos días al despertar y las buenas noches al dormir, que parece algo básico, simple, pero es que todo lo grande está lleno de cosas chiquitas; y tampoco se puede pretender tener una buena relación con mis compañeros de trabajo cuando jamás les he preguntado por su vida, ni un "hola, ¿cómo estás? ¿Qué tal estuvo tu día?", es que nuestra vida está llena de cosas que uno ve sin relieve, pero hay que empezar a tener estos detalles en cuenta para poder ser cristianos de verdad, que la gente solo con mirarte diga "Este sí está cerca de Dios" porque se preocupa por mí, porque hace que me sienta amado, está en los detalles.

El amor divino también está en lo pequeño

Las cosas pequeñas no están solo en tener consideración con las cosas de nosotros y de los demás, sino también están en las cosas de Dios, en nuestros actos de amor con Dios. Hemos visto como el amor humano está en lo pequeño, en los detalles, de igual manera el amor divino.

El amor a Dios se encuentra en lo pequeño, podría decir que casi todo el tiempo está en las cosas pequeñas -al menos que Dios te de la gracia de ser mártir o algo así-, muchas veces pensamos que por ir a misa los domingos -que está excelente, sigue así- estamos demostrándole un gran amor a Dios -que no lo dudo-, pero podemos caer en hacer para Dios aquellas cosas solo visibles ante los ojos de los demás, a aquellas cosas que ya forman parte de un rutina sin sentido, solo porque ya ir a misa el domingo es una costumbre, como si tuviéramos una especie de "checklist", incluso, podemos pensar que por estar 40 minutos en la iglesia ya cumplí con Dios y la semana que viene vuelvo a sacar mi "checklist", y no lo hacemos realmente porque le ponemos amor a eso, o rezar el rosario tal día con un grupo de personas porque ya me comprometí con ellos y solo por eso, que está excelente, pero nuestro amor a

Dios tiene que estar también en los detalles, en hacer oración de 5 minutos aunque ese día este cansadísimo y no tenga ganas, en rezar por lo menos un misterio del rosario al día aunque me cueste mucho, en empezar a leer partes del Evangelio diariamente, decirle a Dios: "Padre, estoy cansado, me cuesta sacar tiempo para la oración de 10 minutos (o lo que sea que te cueste) pero le pondré amor y lo haré porque te amo" Son cosas que no toman mucho tiempo, cosas que son pequeñas, pero con un gran amor, y eso hace que para Dios sea algo inmenso. Como dice una frase de san Josemaría: " ¿No has visto en qué "pequeñeces" está el amor humano? —Pues también en "pequeñeces" está el Amor divino."

Incluso, miremos la Eucaristía, donde Dios es infinitamente grande, está ahí en esa pequeña hostia, escondido, pero es lo más grande que tiene este mundo. ¡Siempre Jesús dando en el clavo!

Llevemos a la oración las cosas que podemos hacer por amor, tanto por los demás, como por Dios. Por ejemplo, en el plan de vida (oración, lectura, rosario, misa diaria o semanal, etc.) Algunos quizás solo puedan rezar un misterio del rosario al día y hacer lectura espiritual por 5 minutos, porque rezar el rosario completo es mucho tal vez. Cada uno ve en la oración y con la ayuda de un director espiritual que puede hacer, e ir avanzando con el tiempo poco a poco. Pero nunca hay que perder el sentido de las cosas pequeñas o grandes, que es el amor.

También hay llevar a la oración las cosas que podemos hacer mejor en nuestro día, por ejemplo, lavar los platos después de comer, dejar la sala ordenada después de estar ahí, mantener el escritorio ordenado para tener un área de trabajo agradable. Si hacemos una revisión profunda de lo que podemos mejorar en nuestro día a día, vamos a encontrar muchas cosas, sobre todo si tenemos a otra persona que nos aconsejen, porque a veces por nuestra soberbia pensamos que todo lo hacemos excelente, y no es así. Oración y dirección espiritual son esenciales para mejorar.

Ha dado todo lo que tenía

Ahora, otro pasaje del Evangelio:

“Jesús estaba una vez sentado frente a los cofres de las ofrendas, mirando cómo la gente echaba dinero en ellos. Muchos ricos echaban mucho dinero. En esto llegó una viuda pobre, y echó en uno de los cofres dos moneditas de cobre, de muy poco valor. Entonces Jesús llamó a sus discípulos, y les dijo: —Les aseguro que esta viuda pobre ha dado más que todos los otros que echan dinero en los cofres; pues todos dan de lo que les sobra, pero ella, en su pobreza, ha dado todo lo que tenía para vivir. (Mc 12, 41-44).

¡Qué ejemplo tan bueno! ¡Lo dice el mismo Dios, el mismo Jesús! Nuestro Señor nos dice claramente que el amor no se mide por el que da más materialmente hablando, el que este más tiempo haciendo tal cosa, sino que se mide por lo que entregamos, por las ganas que le ponemos a las cosas, por el sacrificio que hacemos por aquello que amamos. Esta viuda da -materialmente hablando- algo extremadamente pequeño, sin valor económico, que para nosotros es inservible, pero... para Dios lo diste todo, te sacrificaste por los demás, te sacrificaste por Él, le pusiste ganas, le pusiste amor, y eso es lo que realmente vale, eso es lo que hace del amor algo grande, algo verdadero.

Muchas veces pasa con los papás que le quieren dar de todo a sus hijos (cosas materiales), porque piensan que así le están dando amor, que mientras más “grande” y caro sea algo, más amor estás dando, y no es así, el amor no se mide con cosas materiales, el amor se mide por el cariño que le tienes a tu hijo, por el tiempo que le dedicamos -con amor- a él, con las veces que el niño ve a su papá o a su mamá dejando de hacer cosas para hacer feliz al otro, por ejemplo, ir con tu hijo a comer helados juntos, ir a verlo jugar en aquel deporte que practica, jugar con él, eso vale muchísimo, y muchas veces no lo tenemos en consideración porque nos parece “irrelevante”. Lo mismo pasa en el noviazgo, por ejemplo, las parejas más felices, más enamoradas, las que uno dice “estos de verdad se quieren”, son las que se sacrifican uno por el otro, las que se escuchan, las que tienen pequeños detalles de amor el uno con el otro, las que se tratan como se deben, las que son desinteresadas, porque saben que lo que importa es amarse, dedicarse tiempo de valor, no si salimos a tal sitio caro, o si me das

tal cosa que vale mucho dinero. El amor no tiene medida, el amor se manifiesta en las pequeñas cosas que hacemos por el prójimo.

Buen pintor

Muchas veces caemos en la tentación de decir “Yo trato de hacer las cosas pequeñas bien, pero es que no me salen, no sirvo para eso”. Y se me viene la cabeza un cuento de cuando éramos niños -que supongo que todos hemos pasado por esa situación, y en caso de que no, por lo menos lo hemos visto en otros-, que dibujábamos algo súper feo, puros garabatos raros, que cualquiera dice “ ¿y esto que es?”, que para nosotros era un perro, pero realmente parecía de todo menos un perro, y sin embargo, con mucho cariño lo hacíamos y con más cariño todavía se lo mostrábamos a nuestro papá o a nuestra mamá, y aunque objetivamente hablando ese dibujo era horrible, para nuestros papás era hermoso, era una obra de arte, casi casi que nos comparaban con Miguel Ángel o con Picasso.

Así nos mira Dios, con ojos de amor, con los ojos de un padre que recibe el dibujo de su hijo que lo hizo con cariño, aunque no nos haya salido excelente, Él esta orgullosísimo de ti y de mí, está orgulloso de que queramos hacer las cosas bien, de que aunque no sepamos dibujar, estamos haciendo el esfuerzo, y poco a poco con su ayuda -porque el mejor pintor de todos es Dios- vamos a lograr dibujar el amor verdadero en nuestras vidas, teniendo siempre en cuenta los detalles de la pintura, tal cual como un buen pintor, que está pendiente de que hasta lo más mínimo este bien hecho (siempre y cuando este en sus posibilidades, no hay que caer en perfeccionismos). Pero para eso tenemos que ir aprendiendo poco a poco, pero algo que siempre tiene que estar es la inspiración del pintor... que es el amor.

Lo tenemos en frente de nosotros

Lo mejor de todo es que tenemos nuestra vida para santificar, ¡lo tenemos a nuestro alcance! ¡ahí mismo!, ahí donde trabajamos, donde estudiamos, donde vivimos, en nuestra casa, en nuestra universidad o colegio, en nuestra compañía o en donde sea que

trabajemos, ahí nos podemos santificar, ahí somos agradables a Dios si le ponemos a amor, si servimos a los demás, si hacemos nuestro trabajo con dignidad de un hijo de Dios. Nuestro Señor nos ha dado una vida para algo y no la podemos dejar pasar, tenemos que aprovechar hasta el más mínimo detalle para dar muestra de amor. Para eso estamos llamados, por eso fuimos creados y para eso luchamos... ¡para ser santos!

A partir de ahora, los invito a tener más en consideración las cosas que parecen que no tienen relevancia en nuestras vidas, incluso en las cosas que parecen que no tienen importancia en los demás -porque si tienen-, a poner cuidado en nuestro trato con nuestros amigos, con nuestros papás, con nuestros hermanos, profesores y compañeros, que la gente diga "Fulano tiene un algo que no sé qué es, pero se le ve feliz, se le ve atento con sus cosas y con la de los demás".

Empecemos a ayudar en casa, a hacer lo que tenemos que hacer, pero hacer las cosas bien con la ayuda de Dios. Si somos estudiantes, a estudiar. Si trabajamos, a trabajar. Si somos hijos, a ser muy buenos hijos. Si somos novios, a ser excelentes novios. Si somos padres, a amar a nuestra familia. Y como todos somos hijos de Dios, con nuestra libertad ser excelente ejemplo del que se sabe hijo y amado de Él. ¡No hay lugar para la tibieza! ¡Con la ayuda de Dios y de los demás vamos a hacer de las cosas pequeñas del día un encuentro con lo más grande que hay... el Amor! Y veremos cómo disfrutaremos de la vida que se nos ha dado.

No me seas... tonto: es verdad que haces el papel —a lo más — de un pequeño tornillo en esa gran empresa de Cristo. Pero, ¿sabes lo que supone que el tornillo no apriete bastante o salte de su sitio?: se aflojarán piezas de más tamaño o caerán melladas las ruedas. Se habrá entorpecido el trabajo. —Quizá se inutilizará toda la maquinaria. ¡Qué grande cosa es ser un pequeño tornillo! - San Josemaría.

El Sagrario en casa

Escrito por: Daniel Urdaneta.

Era bastante lógico que en un libro que tiene por fin hacerte santo, se hable de la oración. “Santidad sin oración, rara santidad”, suelen afirmar algunos, ya que es el pilar de nuestra relación con Dios. Recuerdo una vez que hablaba con unos amigos, estaba por irme a un retiro espiritual en el cual pedí con muchas ganas que me dejaran dar una charla, específicamente de la pureza. Me dijeron que, si podía dar una charla, pero iba a ser sobre la santificación del trabajo, ya que el enfoque que querían darle era uno más “esencial” por decirlo de alguna forma, y entre otros temas escogidos, apareció la oración. ¡Pues que obvio! ¡La oración es lo más esencial que tenemos!

Tildé los temas del retiro como “básicos”, a pesar de que terminé yendo, aprovechándolo mucho, y dando con mucho amor y cariño la charla que me habían pedido, pero entendí algo muy bien: la oración es esencial. En este capítulo trataremos de tocar varios puntos, como la oración en sí misma, y otras cuestiones que nos pueden ayudar a todos.

Es un poco raro que, si el plan es ir de tu casa al Cielo, no te explique cómo la oración en tu casa te ayudará en ese camino, pues acá te va: vas a hacer muchos ratos de oración en tu casa si quieres ser santo. Muchos. Más de los que en verdad te imaginas o quisieras. Ya nos deben estar empezando a tildar de locos, o, todo lo contrario, muchos ya están viviendo la experiencia de convertir su casa en un oratorio, sobre todo después del incidente que empieza por “c” y termina por “oronavirus”. Lo veas coherente o no, lo estés viviendo o no, si quieres ser santo desde tu casa, vas a tener que rezar en tu casa.

La razón para que esto pase, es que, muchas veces no tenemos la posibilidad de ir a un Sagrario. A veces porque no podemos, o a veces porque nuestra pereza es más grande que

nuestras ganas de visitar al Señor (cuestión que me pasa más de lo que me gustaría), la realidad objetiva es que, a veces no llegamos.

No tengo ganas de ir al Sagrario

Empecemos hablando del no querer, el no querer ir al Sagrario, por no tener ganas, por tener demasiada pereza, porque la serie de Netflix se está poniendo muy buena, etc...cada quién verá. Creo que muchos de nosotros desconocemos una realidad que vivieron los cristianos que estaban viviendo al inicio del siglo XX, los que ni la primera guerra mundial presenciaron. Creo que no tenemos idea de esto.

Para comulgar, era necesario guardar un ayuno aproximado de 8 horas antes de recibir la Eucaristía, y esto resaltando que solo celebraban misa en las mañanas. Es decir que, si querías ir a Misa, la noche anterior ya tenías que estar gestionando a qué hora vas a cenar para poder recibir a Jesús.

Seguro estás pensando: “tampoco es para tanto, si de mi casa a la Iglesia son máximo 15 minutos, ¿porque tanto rollo?”. Pues porque los primeros cristianos tenían las Iglesias bien lejos, ya que habían pocas. Había mucha demanda y muy poca oferta. Recuerdo que un señor mayor que conocí, y me formó durante mucho tiempo, es un gran ingeniero y durante unos 3-4 meses vivió en Rusia, y contaba que para ir Misa un día regular, tenía que hacer unas 2-3 horas de viaje en tren, de ida y de vuelta. Eso sin hablarles de que era un Misa clandestina, ya que perseguían a los católicos.

Mi realidad, la realidad de Daniel Urdaneta, estando a inicios de 2021, es que, yo para llegar a Misa, me tardo máximo 10 minutos. Y me quedo ahí rezando el tiempo que me dé la gana, puedo ir en la mañana, al mediodía, a la tarde o a la noche. Puedo elegir a que Iglesia voy, si me gusta más una u otra, si un coro es más lindo que otro, si un sacerdote habla más o menos que el otro. Decido lo que yo quiera.

Que fuerte es esto...que fuerte que teniéndola tan fácil, ¡me siga dando pereza! Pereza seguro le daba a Horacio, 6 horas de

viaje para recibir la Eucaristía, con miedo a que lo maten, guardando ayuno desde la noche anterior. Y yo, que solo tengo que apagar mi televisorsito, no soy capaz de vencer eso.

La enseñanza más grande y que más valoro que me ha dejado la pandemia es esta: no dejes de ir a misa. Recuerdo que el primer mes, no pude ir una sola vez a misa, y me sentía horrible. Siempre estaba irritable, no tenía ganas de trabajar, pecaba mucho...fue un tiempo muy gris, y la pasé muy mal. Un día, apenas desperté, recibo un mensaje de un amigo: “Dani, la Iglesia en tal parte está repartiendo la comunión, te podrías acercar”. No había terminado de leer el mensaje cuando ya me estaba cambiando para ir a buscar al Señor. Mis papás quedaron muy confundidos, recuerdo que ni siquiera me lavé los dientes (perdónenme papás).

Estaba necesitado de Eucaristía, necesitaba al Señor urgentemente. La Eucaristía no es una recompensa para el virtuoso, sino más bien, comida para el hambriento, agua para el sediento. Pero no para el que tiene hambre de sí mismo, sino para el que está muerto de hambre por el Señor.

Con esto quiero dejar claro una cosa: si puedes ir a Misa, hazlo. Ya vivimos lo que es tener las Iglesias cerradas, y ya te digo yo que fue una experiencia horrible, pero muy edificante. El valor de las cosas siempre es mayor cuando las perdemos, y a mí, un virus diminuto me quitó la Eucaristía por un buen tiempo, y me hizo darme cuenta de lo realmente valioso que es la Eucaristía, y de lo mucho que la necesito para continuar.

Los grandes santos de nuestro tiempo le dieron a la Eucaristía y al tiempo con el Señor el protagonismo que se merecen. Quizás nosotros deberíamos hacer eso también. Quizás para traer el cielo a nuestras casas, lo primero que tenemos que hacer es salir de nuestras casas, a estar frente al Sagrario, a recibir la Eucaristía.

Es importante aclarar que, no todos tienen la suerte de tener 4 Iglesias en un radio de 3 cuadras alrededor de su casa. Evalúa tus circunstancias, que tan fácil o difícil te es acercarte a la Misa, pero

que haya un cambio desde adentro. Que tengas un afán enorme por estar más cerca de Él, y que descubras verdaderamente lo valioso que hay detrás de esa cajita dorada.

No puedo ir al Sagrario

Es verdad que a veces no podemos salir, en 2020 no pudimos salir mucho, y quizás al sol de hoy, tu trabajo o tu universidad migró de una oficina a una pantalla, y puedes hacer tu vida entera sin salir de tu casa. Es muy factible que eso te esté pasando.

Para que todo esto tenga sentido, tenemos que partir de que nosotros en realidad, queremos estar frente al Sagrario. Superamos la primera etapa que es el “no quiero ir al Sagrario”, para llegar a la segunda, también muy común, que es: “ok, me estoy volviendo loco por ir al Sagrario, pero no puedo, ¿qué hago?”. Y acá hay varios aspectos interesantísimos que trataremos de desarrollar poco a poco.

Me estoy volviendo loco por ir al Sagrario

El primer aspecto, que la verdad me parece muy hermoso, es este: “me estoy volviendo loco por ir al Sagrario”. ¡Qué cosa más hermosa! Una vez a un gran amigo, la verdad un tipo muy elegante, estudioso, aplicado y prestigiado, le preguntamos entre varios amigos: “¿Qué es lo mejor que te ha pasado en la vida?”, y con una mirada muy tierna nos respondió: “La Eucaristía”.

¡Eso es estar loco por ir al Sagrario! Arriesgar tu vida por recibir al Señor, es estar loco por Él. 6 horas en tren para ir a verlo, es estar loco por Él. Y lo más lindo que tiene todo esto, es que, es una locura mutua, con sentido, ¡porque Él está loco por ti!

Una vez una religiosa, me decía que: “Cuando empezamos a entregarnos y a confiar en otra persona totalmente, siempre está el riesgo de que haya una traición. A menos que esa persona sea Jesús, que sabemos que no nos va a traicionar nunca”.

¡Esta locura es mutua! No es que te embobas por el Señor, y Él no te presta atención. Es todo lo contrario. La capacidad de entrega que tenemos los seres humanos, es mucho menor que la

que tiene Dios, pero muchísimo menor. Nosotros nunca seremos capaces de amar a Dios y estar locos por Él, tanto como Él lo está por nosotros. Simplemente no damos la talla para amar tanto como ama Él.

Y también es importante entender que, esto no significa que todo siempre sea mariposas en el estómago y una pasión exagerada. Hay momentos de momentos, pero en eso no basamos nuestra confianza en Él, no construimos encima de algunos sentimientos la convicción de tenerle confianza. Lo construimos en torno a un hecho, a un saber, a un sabernos hijos suyos y que no nos va a traicionar.

No se basa en un sentimiento, no se basa en que le agradezcamos un favor, se basa un acto libre de la voluntad, que decide mirar para arriba y decirle: “Señor, sí, hay días que siento que no estás, que todo se viene abajo, que los planes con los que me ilusioné van a terminar sin cumplirse, pero, de todas formas, sé que me amas, y sé que estás loco por mí, así que acá me voy a quedar contigo, pase lo que pase”.

Cuando una persona afirma eso, y todas sus acciones giran en torno a esa afirmación, es cuando yo genuinamente puedo decir: “esa persona trajo el cielo a su casa”. Lucho todos los días para poder vivir así con certeza, pero todavía tengo un gran camino por recorrer.

Esto nace de una experiencia, una experiencia única entre Dios y tú, que logra que te des cuenta que es Él quien más te ama. Decía Benedicto XVI que hay tantas vocaciones como personas, y que todos somos únicos e inigualables e irrepetibles, por ende, tu experiencia y la mía van a ser distintas, pero siempre buscando un mismo fin: volverse loco por ir a la Eucaristía.

No puedo ir al Sagrario

Acá hay una segunda consideración, que parte del querer hacer algo, pero no poder. En este caso, el querer ir al Sagrario, pero que no puedas (porque estás enfermo, porque está cerrado,

porque dependas de que alguien te lleve, y ese alguien no le ve sentido, etc). Son cosas que pueden pasar, que a pesar de que pongamos todos los medios humanos a nuestro alcance, no podemos aun así ir al Sagrario y rezar frente a Él.

Este escenario es muy familiar para todos nosotros, no me cabe ninguna duda. Que queramos hacer algo, que nos esforcemos por hacerlo, pero genuinamente no podemos. Suele pasar, ¿no?

Este pequeño ejemplo de querer salir de tu casa para ir al Sagrario, pero no poder, nos pone en el contexto al que quería llegar, el cual es que: hay veces que las cosas no salen como uno quiere.

El primer artículo que escribí para este proyecto fue sobre las ilusiones, más específicamente las ilusiones en una relación de noviazgo, y al final cerraba con una idea que afirmaba más o menos algo así: “Mientras la ilusión venga de Dios, no vas a desilusionarte. Si te desilusionas, probablemente la ilusión no era de Dios, sino tuya”.

Algo así pasa en estos casos, Dios quiere una cosa y nosotros queremos otra, ¿en quién vamos a confiar? ¿Quién me conoce mejor? ¿Dios o yo mismo?

Es muy fuerte esto, a veces pasa desapercibido, pero recordarlo siempre impacta: eres creado por Dios. Eso significa que, Él mejor que nadie es quien sabe lo que te conviene, y lo que no te conviene. Él sabe que es lo que te hará feliz, y que no te hará tan feliz. Él es el único que sabe cómo llenar a pleno tu corazón, por la sencilla razón de que fue Él quien lo creó.

Hablando de esto una vez con una amiga, ella me lo explicaba poniendo los teléfonos de Apple como ejemplo: “Cuando Steve Jobs crea el iPhone, él mejor que nadie sabe que antivirus hay que instalarle para que funcione. Él es quien sabe cuáles aplicaciones le van a servir, y cuáles no. Él sabe las consecuencias que puede tener darle un mal uso al iPhone, y las conoce mejor que nadie. Pues fue él quien lo creó”.

¡Lo mismo pasa con Dios! Él sabe que, si con tu corazón haces algo malo, tu corazón no se va a sentir lleno. Y sabe que, si haces algo bueno, tu corazón se va a llenar. Pero lo fuerte es que es Él quien o sabe, lo sabe mejor que tú. Pues si tú piensas que estudiar en la Universidad X te va a hacer muy feliz, quizás Él ya sabe que, si entras en esa facultad, a los 2 años vas a ser infeliz, cosa que tu ni sospechas. Entonces el Señor te cierra las puertas para eso, y te molestas con Él, y le dices: “¿Por qué me haces esto, Señor?”.

Leí un libro titulado “Santos de Mierda” (no lo estoy inventado, lo puedes buscar en Amazon) y me dejó muy claro que un Santo no es aquél que tiene una vida perfecta, no es quien todo le sale como esperaba, sino todo lo contrario. Es quien, tiene una vida de mierda, las cosas nunca salen como él espera, pero, aun así, confía plenamente en el Señor, y dice un sí libre a todos los cambios que el Señor trae a su vida, porque tiene la certeza y la convicción de que es Él quien sabe lo que su corazón necesita.

Es misterioso, la verdad es hasta difícil de entender. ¡Si yo lo que quiero es ir a acompañar al Señor en el sagrario! ¿Por qué no me deja?

Aquí te voy a ser sincero: no lo sé. La verdad no sé porque a veces el Señor prefiere que nos quedemos en nuestras casas a que vayamos a misa. Si te lo intento explicar, todo va a ser mentira, pues no soy Dios. Literalmente, solamente Dios sabe.

Pero que pasa, que como solamente Dios sabe, y es Él quien tiene la respuesta... ¿a quién le debes preguntar? ¿Y cómo lo haces?

Aquí es donde empiezas a ver el valor de la oración, te das cuenta que la comunicación con Dios es clave para entender lo que está pasando. Pero a veces ni orando llegas a dar con una respuesta que te explique porque el Señor te quiere en tu cuarto y no en el oratorio. Pero te aseguro que, el que hace oración en su cuarto, está más cerca de descubrirlo que el que no.

¿Qué hago?

Ya entendimos que quien sabe es Dios. Quien entiende que es lo que necesitamos para sentirnos genuinamente felices, es Él. No hay más nadie. Me gustaría empezar estas consideraciones citando al mismo Jesús:

“Más tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.” (Mt 6, 6)

Con este evangelio puede que tome un poco de sentido que el Señor nos quiera en nuestras casas, y no en la Iglesia. Quizás si cada uno reflexiona estas palabras de Jesús, puede concluir que es lo que quiere Jesús de él.

No nos dice “ve a rezar en el Sagrario”, ni nos dice “ve a rezar en la Iglesia”. Dice claramente: “ve a rezar en tu cuarto”. De hecho, dice explícitamente que no te vayas a rezar a las sinagogas, sino que reces en tu cuarto encerradito. Capaz si lo hablas con Él le puedes preguntar, ¿será que a mí me quieres en mi cuarto en este momento?

Y si el Señor te quiere en tu cuarto, o en tu casa, es por algo. Es por algo tan grande que nuestros ojos no son capaces de ver, y como te dije antes, no te puedo explicar tampoco, pues no soy Dios, y no lo sé. Lo que sí sé es que, si Dios te quiere en tu casa, es porque ahí es donde vas a ser feliz.

Un punto de Camino, libro escrito por San Josemaría, dice así:

¿Oyes? —En otro estado, en otro lugar, en otro grado y oficio harías mucho mayor bien. —¡Para hacer lo que haces no hace falta talento!...

Pues yo te digo: donde te han puesto agradas a Dios..., y eso que venías pensando es claramente sugestión infernal. (Camino 709)

“Es que yo para hacer bien la oración, tengo que estar en un oratorio, sí o sí, no puedo rezar en mi casa”. Donde te han puesto agradas a Dios... ¡precisamente porque fue Él quién te puso ahí! Los cristianos queremos estar donde Dios quiera que estemos, por eso suena tanto la frase “lo que Dios quiera”, pues es Él quien sabe lo que queremos y necesitamos.

Entonces, para responder el “¿qué hago?”, te propongo que lo primero que hagas es: aceptar. No digo que sea fácil, porque la verdad si te lo digo, así como así, suena como si fuera un jueguito, acepto mi miseria y listo. Pero no, no es un jueguito. Sé que es difícil, y el esfuerzo empeñado es proporcional al tamaño de la miseria que debas aceptar. Lógicamente, no es lo mismo que aceptes que por hoy no puedes ir al Sagrario, a aceptar que tienes un cáncer terminal. Todo dependerá de la situación.

Desde ya te anticipo que, para aceptar esa realidad en la que Dios te ubica, vas a tener que primero estar bien cerquita de Él, de forma que puedes tener esa experiencia de amor entre Cristo y tú, y entiendas que genuinamente es Él quien quiere lo mejor para ti, y sabe que es. No basta con que lo leas en este libro (o en miles más), tienes que experimentarlo.

Ya acepté, ¿ahora qué?

Si llegaste hasta acá, es porque te sabes amado por Dios. Te sientes amado por Él, y confías y esperas en Él, porque sabes que, si no sales de tu casa, es porque Él no lo quiere, y no por capricho suyo, Dios es muy poco caprichoso, sino, porque es lo mejor para ti.

Después de varias páginas de reflexión, acá es donde te propongo específicamente como rezar en tu casa. Y lo primero está en poner el ambiente. Lógicamente, si tengo a mi primito llorando en la cocina, mientras mi madre cocina, y en la sala a mi hermanita jugando con sus muñecas, ya sé que ni en la cocina ni en la sala puedo rezar. ¡Empezamos muy bien!

Encontrar intimidad

El Sagrario es un lugar íntimo, un lugar en el que la conversación es entre Dios y tú. No hay nadie más presente, nadie puede prestar atención para ver que dijiste o que dejaste de decir. Son solo Dios y tú, no hay nadie más.

En eso tenemos convertir nuestra casa si queremos ir de la casa al Cielo. ¿Dónde puedo encontrar esta intimidad con Dios? Depende de tu casa. Si compartes cuarto, quizás ahí no es. Tengo

amigos y amigas que rezan en su baño, ya que la casa es muy pequeña para tantas personas. Otras personas esperan ese momento del día en el que están solos en casa para tener la casa completa para su oración, y ahí alcanzan mucha intimidad. Depende de ti, de en donde vivas y con quién, pero es importantísimo que sea un lugar en el que puedas encontrar intimidad.

Esto es porque, si no encontramos intimidad, si rezamos con la clase de zoom detrás y con mi hermanito jugando play al lado, no nos centramos en lo que de verdad quiero comunicarle al Señor, nos olvidamos de todo y estamos muy dispersos. La oración es poco tiempo durante el día, sería injusto que incluso ese poco tiempo que le dediquemos, lo pasemos distraído.

Comunícate con Él

Si pusiste atención, te diste cuenta que, cada vez que hablé de la oración, lo hice haciendo referencia a “comunicarse”, no “dialogar”.

Manejo este término, porque uno puede decir mucho, pero comunicar poco. Hace unos días vi un debate entre un politólogo pro vida, y uno pro aborto, seguro los conoces: Agustín Laje y Gloria Álvarez. La verdad es que, de que hubo diálogo, hubo diálogo. Intercambiaron información, pero, no llegaron a nada. Si fue un diálogo, pero no hubo comunicación, ya que Laje no hizo a Gloria partícipe de las ideas que tiene, ni Gloria tampoco a él. Solo las expusieron, pero no vi mucho interés en que el otro sea parte de esas ideas, sino más bien que las cambie.

Recuerdo que una vez, un amigo me contaba que su novia había hecho algo que le había molestado un poco, pero no era ningún mal de morir, era una tontería, pero le había molestado. Cuestión que el día en que pasó esto, ellos dos pasaron 4 horas hablando, enviándose mensajes, fotos, videos, contándose cosas, pero... el sintió que no estaba en comunicación con ella. ¡A pesar de todo lo que habían hablado!

Hasta que él no se detuvo y le dijo: “amor, esto que hiciste me molestó un poco”, no se solucionó nada. Me siguió contando, y me dijo que después de esa pequeña frase, entre ellos todo mejoró mucho, la novia muy humilde y muy buena le pidió perdón, sin intentar excusarse, él se tranquilizó mucho, y me cuenta incluso que siente que desde ese día se aman mucho más, solo porque la hizo a ella partícipe de algo que le estaba pasando.

La oración no es que te sientes en tu cuarto, y en la intimidad con el Señor, llenes los 15 o 20 minutos que vayas a hacer de puro cuento. No es que le digas: “hoy jugué futbol, mañana voy al cine, tengo examen el martes, etc...” ¡Qué sí, hay que decírselo! Pero eso no es hacer oración.

Oración es hacer al Señor partícipe de tu vida. Que no le cuentes solo que vas a jugar futbol, que eso ya lo sabe, sino que le cuentes por qué vas. ¿Viste que se pone interesante la cuestión? O porque vas al cine, o porque quieres que la chica que te gusta te preste atención, o porque quieres leerle tal libro...en el fondo fondo fondo de tu alma es en donde está la intimidad, y eso es lo que le tienes que comunicar al Señor.

Tenemos que poner intención en las cosas que hacemos y en las decisiones que tomamos, sobre todo las decisiones que tomamos fuera del mundo, en el trato con los demás. Por eso me parece un gran ejercicio que, en la intimidad de tu cuarto, en conversación con Cristo, tomes la decisión y ubiques que intención vas a poner en cada cosa que hagas. Pero recuerda que esto es hablando con Él, sino, veo difícil que vayamos de la casa al cielo.

Empieza por lo pequeño

Ya para cerrar, habiéndote dado las dos claves que te pueden ser más útiles al momento de hacer oración en tu casa, quiero que sepas que, esto no sale a la primera. Un día no te levantas y dices “hoy haré 30 minutos de oración en mi cuarto”, y menos si nunca has hecho oración ni siquiera en el Sagrario.

Es importante que empecemos chiquito, decía San Josemaría que todo lo que nace grande, es monstruoso y muere. Plantearnos tanta oración de un día para otro, es como pretender que, en tu primer día de gimnasio, tu cuerpo sea capaz de levantar el triple de su peso solo con los brazos, hay que ser realistas.

Y al ser realistas, estamos dando un enorme paso para empezar a hacer la oración. Al asumir que no vas a poder hacer 30 minutos de oración a la primera, sino que probablemente puedas hacer solo 5, y con mucha suerte, estamos logrando un gran objetivo, que es: hacer lo que podemos. Dios nunca nos pedirá que hagamos más de lo que podemos hacer. “El mismo que te dio la cruz, te dio hombros para cargarla”.

Empieza haciendo 5 minutos, y si te parece mucho, haces menos. Si te parece muy poco, haces más. Pero ve con calma, despacito y con buena letra, que hacer las cosas bien importa más que hacerlas.¹

Espero haberte convencido al menos un poco de la importancia de la presencia de Dios vivo con nosotros, de la locura de amor que Él siente por nosotros, y que, a partir de acá, veas tu casa no como ese calvario del que no puedes salir, y que no te permite hacerte santo.

Tu casa es ese lugar donde más vas a hacerte santo, lógicamente pues es donde más tiempo pasarás en tu vida, y donde estarán las personas más importantes en tu vida. Al comienzo tus papás, y luego un cónyuge, si así lo quiere el Señor para ti. Si logras desde ya convertir tu casa en un espacio en el que puedas encontrar intimidad, comunicación, y puedas empezar pequeño, te aseguro que, de tu casa, podrás ir al cielo.

Notas bibliográficas

¡Felices en casa!

1 “Lo que se necesita para conseguir la felicidad, no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado” (Surco 795).

2 Simon & Garfunkel, I am a Rock: A winter's day / In a deep and dark December / I am alone / Gazing from my window / To the streets below / On a freshly fallen, silent shroud of snow / I am a rock / I am an island / I've built walls / A fortress, steep and mighty / That none may penetrate / I have no need of friendship / Friendship causes pain / It's laughter and it's loving I disdain / I am a rock / I am an island / Don't talk of love / Well, I've heard the word before / It's sleeping in my memory / I won't disturb the slumber / Of feelings that have died / If I never loved, never would have cried / I am a rock / I am an island / I have my books / And my poetry to protect me / I am shielded in my armor / Hiding in my room / Safe within my womb / I touch no one and no one touches me / I am a rock / I am an island / And a rock feels no pain / And an island never cries.

3 Juan Pablo II, Centesimus annus, 41.

4 CALDERA, R. T., Vocación al amor, Universidad Monteávila, Caracas, 2016p. 229.

La virtud más aburrida

1 San Josemaría en “Surco”, 173. Cfr. Salmo 42,7.

2 Aristóteles en “Ética a Nicómaco”, Libro II, Capítulo IX.

3 San Agustín en “De Civitate Dei”, Libro 19, Capítulo 3.

4 El almirante William H. McRaven sirvió con gran distinción en la Armada de los Estados Unidos. En sus treinta y siete años como Navy SEAL tuvo autoridad de mando en todos los niveles. Su misión final antes del retiro fue comandar todas las fuerzas de Operaciones Especiales de los Estados Unidos. Actualmente es Canciller de la University of Texas System.

5 Camino, 815.

6 Apuntes íntimos, nº 15, 13-III-1930.

7 San Jerónimo en "Epístola 60".

8 J. PECCI -León XIII- en "Practica de la humildad", 27)

9 Camino, 204.

10 Forja, 806.

11 San Josemaría, Carta del 24-III-1930.

12 Camino, 80.

3 Camino, 77.

4 San Josemaría en "Es Cristo que pasa", 126

¿Qué es Santo en Casa?

Es un proyecto fundado por dos grandes amigos (Cayo Socorro Y Daniel Urdaneta), en el que nos proponemos a darte consejos para luchar por la Santidad en todas partes, incluso desde tu casa.

Puedes encontrarnos en

Instagram

<https://www.instagram.com/santoencasa/>

Telegram

<https://t.me/santoencasa>

Spotify

<https://open.spotify.com/show/5yRdiTnZ49Sr6NgQWlxad4?si=6lVKmqhdS52qQCGjqsMn-w>